

CONTESTACIÓN
de
DON LUIS CORREA

Señores Académicos:

Señoras. Señores:

César Zumeta es el Condestable de nuestras letras, como lo fue de las letras francesas aquel irónico y sutil espíritu que se llamó Barbey d'Aurevilly. En el metal de la palabra, el más puro, dúctil y precioso de los materiales con que construye la inteligencia, Zumeta, guiado por el triple amor de la Verdad, la Belleza y la Justicia, ha labrado una estatua de bronce y estriada de oro, como la que en perpetuo hervor de juventud puso Cellini a vivir bajo los rasgos varoniles del Perseo. Artista más del Renacimiento que de nuestros días, tendió desde joven el oído al rumor de las sirenas que desrizaron las ondas y poblaron de maravillosas visiones los mares de la Hélade. Pagano por la expresión sensual de su temperamento, ha llegado en la edad madura hasta los deliquios de una mística del Derecho. Su patriotismo ha sido el móvil determinante de su acción como escritor, político y moralista. No el patriotismo mezquino, cicatero, del campanario de la aldea, sino aquel que borrando fronteras de razas y pueblos, lo trajo un día a contemplar a Lafayette al lado de Washington, a Garibaldi en la pampa argentina y a Miranda frente a los muros de Maestricht, "llevando en el corazón el culto a la tierra y a la raza suyas, y al cinto la espada defensora de los derechos del hombre, a fin de extender el imperio de la santa libertad por todo el ámbito de la gran patria humana".¹

La aparición de Zumeta en el campo del periodismo venezolano corresponde a una época de renovación. Guzmán Blanco, civilizador eminente para quien todavía no ha comenzado la posteridad, removía los cimientos del edificio social construido en 1830 con los rezagos de la Colonia, que si en verdad era esbelto y sólido por su fachada, poco había cambiado su estructura interior. Venezuela se abría a corrientes culturales que venían de fuera; se colocaba por un progreso acelerado en la confluencia de las nuevas ideas; ofrecía sus puertos al mundo y aspiraba a trato de señorío, no sólo por el respeto a sus tradiciones de libertad, sino por el ímpetu vital que la señalaba para la faena del futuro como pródiga tierra de promisión. Era natural que la juventud correspondiera a ese momento de creación. Con ritmo acorde y generoso entusiasmo comparecieron la falange universitaria y la falange de los obreros del pensamiento, como gustaban llamarse los jóvenes escritores y poetas que asistieron a las justas intelectuales promovidas por el gran acontecimiento que fue para la República el centenario del natalicio del Libertador. Zumeta llevaba el estandarte entre sus compañeros y proclamaba, en hojas de vida efímera, su devoción de convencido por los ideales que, al través de una larga vida de lucha, en permanencia fiel, han dado relieve de procerato cívico a su personalidad.

Desde niño tuvo hambre y sed de saber; al par del castellano, por un azar de su buena fortuna, aprendió en la escuela el alemán; anduvo en tratos con Horacio, y ya en plena posesión de aquellos dos idiomas fundamentales, persigue a las más bellas figuras de la antigüedad por los jardines de Corneille y de Racine, y penetra por la selva de

¹ CÉSAR ZUMETA, *Del Patriotismo*, 1896.

Shakespeare hasta el lago de aguas azules donde Ofelia se le aparece nimbada con los atributos de la virginidad, "antesala del amor y de la eterna primavera del ser".² Y es la mujer, a través de esas creaciones simbólicas de los poetas, reveladoras del incontrastable imperio de la femineidad, Andrómaca o Helena, Cordelia o Haydee, Lucrecia o Margarita, Diana o Cleopatra, la que lo eleva en la escala de lo sensible y le da a su estilo la concisión y transparencia, el color de ámbar y concha marina que distinguen a sus poemas en prosa, obras maestras de un diletantismo literario grato a los manes de un Renán o de un Flaubert. A artista de ese tamaño, dotado de una ilustración clásica y universal, conocedor de su país y de su historia, corresponde necesariamente por el pensamiento una influencia directa y eficaz en la ordenación y desenlace de los problemas de su época. Si la misión del escritor es en todas partes excelsa por lo desinteresada y constructiva, en nuestra América, por especiales condiciones del medio social, ella cobra el carácter grave y lleno de responsabilidades del apostolado. El periodismo es su Patmos y su Guernesey; en él se han formado esos caracteres singulares, palomas y águilas a la vez, que como Cecilio Acosta entre nosotros, Montalvo en el Ecuador, Martí en Cuba, han iluminado las conciencias consumiéndose, como las lámparas votivas. A esta ilustre familia cuyos blasones abrillanta la muerte, pertenece César Zumeta. No tienen ellos (salvo Martí, a quien el holocausto por la independencia de su patria elevó en llamarada súbita al senado agosto de los Libertadores) el contorno de fuego de algunos héroes de Carlyle; pero son la sal de su tiempo y la prez de su estirpe.

Su espíritu andariego, rebelde a las condiciones de la vida cotidiana, aunque herido por la flecha envenenada de "los versos de la piedad, los versos solemnes de Zenea".

¡Ay de aquellos que viajan por los montes!
¡Ay de aquellos que van sobre los mares!;

ese espíritu de aventura y disconformidad con lo presente, en el que Anatole France, estudiando a Loti, creyó encontrar las causas de nuestra tristeza, lo echó fuera de las fronteras nativas, por Europa, por los Estados Unidos. Sus coloquios con Goethe en Weimar, donde su sombra se pasea del brazo de la de Schiller en las noches embrujadas de luna, y con el Dante en Florencia por las orillas blandas y perfumadas del Amo; su trato familiar con Voltaire, con Heine y con Renán en la isla de Francia; su encuentro con Leopardi un día de nostalgia, mientras la nieve caía en copos menudos del corazón de la Jungfrau, no le impiden la continuación de su labor periodística, indefectiblemente labor política en el sentido aristotélico de la palabra. De lleno en esta senda, el sembrador encuentra al fin el surco propicio y funda "La Semana" en Nueva York. Ya tiene la América de origen hispano cátedra de defensa para sus derechos, y voz de admonición para sus errores; ya tiene el imperialismo quien le oponga vallas infrangibles a su expansión amenazante. "La Semana" se mirará en la historia del periodismo hispano-americano a igual altura que "El Revisor" de Irisarri y "Las Catilinarias" de Montalvo: es oro de los mismos quilates. De esa montaña partieron en vuelo armonioso "El Continente Enfermo" y "La Ley del Cabestro".

Vuelto a la Patria tras de esa ruda tarea, en la que el predicador laico habla el lenguaje de los predicadores del Siglo de Oro, menos numeroso pero más castigado, necesariamente debía ser llamado a colaborar en el Gobierno, al que presta desde entonces

² CÉSAR ZUMETA, *Ofelia*.

servicios eminentes que culminan con su serena actitud en el Consejo Directivo de la Sociedad de las Naciones, que es en su sentir "el acto más grande de esperanza y de fe intentado por la humanidad" .

De la trascendente asamblea, donde en ocasión solemne proclamó ante los representantes de más de cincuenta Estados "su fe americana, su fe bolivariana en la unión de todas las energías civilizadoras al servicio de la paz, que es la plenitud del Derecho", César Zumeta viene hoy a ocupar, en nuestra modesta mesa de trabajo, el puesto que dejó vacante la desaparición de un gran poeta. Lo une, fuera de otros nexos sentimentales y de cordial camaradería, el culto por la gloria del Libertador, cálido en el aeda y rumoroso, reflexivo en el crítico y expositor de aspectos sobresalientes de la política bolivariana. No ha seducido a Zumeta el Bolívar deslumbrante de Carabobo y de Junín, sino el Profeta de la Carta de Jamaica, el sociólogo de Angostura y el creador en Panamá del anfictionado de la América. El reciente libro de Jacques Banville sobre Napoleón, en el que se estudia la obra del Corso bajo las faces del escritor, del artista y del diplomático, empeñado en reconstruir la Europa convulsionada y convulsionaria de la Revolución, sería el modelo para Zumeta de una obra semejante sobre aquel que reunió a los Plenipotenciarios de la América en Congreso "que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias". Ya desde 1895, comentando el libro de Laureano Villanueva sobre Sucre, formula Zumeta, al referirse al método ditirámico empleado por el autor, quien estampó que Bolívar ocupaba "un reino aparte entre los hombres y Dios", el concepto de que, si "divinizado es insignificante: humano es sencillamente grandioso".³ Y aconsejaba que se estudiara al legislador lo mismo que al guerrero, a efecto de que nuestra juventud pudiera aprovechar las lecciones de práctica civil y de respeto a las instituciones democráticas de nuestra Revolución de Independencia.

Otra circunstancia coincidente con el sillón que viene a ocupar entre nosotros: la de que lo ilustrara el primero, como Miembro fundador de la Academia el señor Martín José Sanabria, firmante del Decreto sobre instrucción pública gratuita y obligatoria, ha dado tema a Zumeta para la magistral pieza oratoria que acabáis de escuchar. Sus antecedentes, que en ligero esbozo he señalado, lo obligaban a no desaprovechar esta oportunidad para decirnos, con su sobrio y pulcro decir, cuál ha sido el papel de la escuela "como incontrastable instrumento de redención y fuente de igualdad y libertad civiles".⁴

Para llegar a sus admirables conclusiones, estudia Zumeta en visión esquemática, la Conquista y Colonización de América por España. El sistema feudal empleado por el Imperio no era propicio a otras expansiones que las de la fuerza. El Estado no podía, sin poner en peligro su propia existencia, oír hablar de los derechos aniquilados por la férrea espada cesárea de Carlos V y por el alma torva, grandiosa en su fuerza interior, del segundo Felipe. La ilustración tenía que ser un privilegio que se disputaban para su servicio la Iglesia y el Estado, confundido en un solo cuerpo de acción y de doctrina. La instrucción pública, gratuita y obligatoria, debía corresponder a un movimiento contrario, al concepto humano, universal, que desatara sobre el mundo la proclamación de los Derechos del Hombre, y que la Revolución de Independencia salvará en América para equilibrio de los destinos del mundo. La escuela primaria vino a ser "el signo de esta nueva era con que este mundo libre plantea para la humanidad, frente a la costumbre cesárea del derecho de unos

³ CÉSAR ZUMETA, *Notas Literarias*

⁴ CÉSAR ZUMETA, *Misiones Laicas en América*.

hombres a adquirir ciencia para ejercer dominio, el derecho de todos los hombres a instruirse para ejercer ciudadanía".⁵

En corroboración de sus ideas, Zumeta hace desfilar por los estrados de la posteridad, hablando cada quien su propio lenguaje, a las grandes figuras que constituyen el patriciado intelectual de Venezuela. Y todas están acordes en que escuela y civismo son funciones de un mismo órgano, ramas de un mismo árbol, y que, como lo expresara un eminente político francés, "instruir no es llenar una copa sino encender un hogar".⁶

De tal modo esto es así, que el problema ha surgido automáticamente en España al implantarse la República. Hace poco ha sido tratado por el actual Ministro de Instrucción Pública, el notable jurisconsulto señor Fernando de los Ríos, al anunciar a las Cortes que la República había creado en un año, y estaban funcionando correctamente, siete mil escuelas primarias de las veintisiete mil que la Monarquía dejara por crear.⁷

En este punto no necesita España, como sugiere Zumeta, apologistas interesados, para que surja natural y espontáneamente la admiración por su grandeza; "la inspiradora alteza moral del grupo hispano de pensadores y sabios y de los misioneros y los prelados auténtica y franciscanamente civilizadores, y la médula emancipadora legada a esta recia posteridad de hombres y pueblos americanos, bastan a la radiosa integridad del alma de la Hispania que, de sus albores a su presente resurgimiento, resume y junta el sentido común de Sancho, para lo diario y menudo, al hiperhumano sentir, pensar y proceder del más cristiano y heroico de los españoles, de aquel don Alonso de Quijano, de quien al andar de tiempos que ya asoman, han de ser el honor y el triunfo".⁸

Cierto; pero para que el honor y el triunfo acompañen en la España integral soñada por Bolívar al invencible Caballero, él ha de contar con un pueblo que no sea el de arrieros embrutecidos, ni el de dueñas burlonas y duques sin letras ni caridad, con que se tropezara en sus anteriores salidas. Ese pueblo español que seguirá la adarga y el penacho del Quijote, se ha de formar en la escuela, como con visión profética acaba de decírnoslo el maestro Francisco de Cossío, cuando al hablar de la cultura en sus relaciones con el progreso, ha escrito las siguientes palabras: "En suma: todos los elementos de urbanidad y civilización corren por las carreteras de España entre explosiones de gasolina. ¿Qué falta? Desde luego no falta información sino cultura. Hay que enseñar a pensar, a ver y a sentir. En cada pueblo español se necesita un misionero, y no accidental, sino permanente. La República española, como institución democrática, sabrá cumplir esta función ineludible. Sabrá hacer maestros y estos maestros una generación de hombres nuevos, de hombres de pueblo nuevos. Un nuevo pueblo español".⁹

Señores.

Al dar a Don César Zumeta la bienvenida, en función académica que me honra y no olvidaré, os pido un saludo para el Condestable de nuestras letras.

⁵ CÉSAR ZUMETA, *Discurso de Incorporación*.

⁶ EDUARDO HERRIOT, *La Enseñanza y el Estado*.

⁷ FERNANDO DE LOS RÍOS, *Discurso ante las Cortes en defensa del Presupuesto de Instrucción Pública*.

⁸ CÉSAR ZUMETA, *Discurso de Incorporación*.

⁹ FRANCISCO DE COSSÍO, *Información y Cultura*.